

La quincena perdida

texto e ilustraciones

Josué Altamirano-Alberto*

A Renato Ravelo, que me acercó los libros.

"Metió la mano en el bolsillo y extrajo de allí el bulto de billetes.
Los contó bajo la luz anémica de un farol callejero:
en la palma de su mano estaban materializados
los últimos quince días de su vida.
¿Quién ponía el precio al trabajo de los hombres?, se preguntaba."

Guillermo Fadanelli ¿Te veré en el desayuno?

Es jueves, vengo llegando del trabajo en un típico "casi viernes", no tengo ganas de nada, ni de cenar ni de lavar platos ni de encender la televisión ni la computadora. Como es costumbre un mensaje de UNONOTICIAS me llega al celular puntualmente para decirme las tres notas "importantes" del día: me dice de la última gira del presidente, del resultado del mejor partido del día y de cómo los negocios de la compañía de teléfonos van de maravilla, cierro la bandeja de entrada sin darle mucha importancia. Voy hacia mi portafolio y lo reviso, en él hay un solitario cheque recién expedido en la oficina, el monto, una cifra que ya estaba gastada desde antes que escribieran el número, todo se va a ir en pagar la renta, el súper, la cuenta del gas, internet y la luz, vaya un número tan reducible para sobrevivir un mes más.

Tomo los Pos-its y los Staedler de colores, comienzo a trazar las cuentas de cada mes, los números son los mismos de siempre, para las mismas cosas, apenas si sobraré un poco para salir el fin de semana y casi nada para ahorrar. Eso de crecer, de emanciparse, en un país donde existe educación gratuita sólo es un truco, afuera hay más de 100 personas buscando el mismo empleo que tú. Empleos con seguros de gastos menores, con prestaciones simuladas, empleos con los que te tomará media vida comprar una casa y casi toda una vida para construir una pensión, no hay para soñar, sólo para sostenerse mientras llega

el apocalipsis zombi o que las profecías de Al Gore se hagan realidad.

Me dan ganas de una cerveza, recuerdo que no debo gastar en ello, se me ocurre preparar café (sólo es agua, café y azúcar). Recuerdo que todos los trastes están sucios, desisto, volteo al escritorio y tomo un *hiter* de madera con mariguana y pretendo como si no supiera nada de la vida.

Dormir temprano no sería mala idea, llegar puntual por primera vez en la semana podría ser mejor que otro descuento por retrasos acumulados, los ojos se me comienzan a tornar rojos y la sonrisa mariguana me comienza a salir —tal vez no todo es tan malo—. El humo inhalado va haciendo que desista del conflicto del día, el cuerpo se me comienza a relajar y una perspectiva distinta se asienta en mi cabeza sigilosamente.

El celular vuelve a hacer su sonido de cuando llegan los mensajes, lo miro de lejos y pienso en no leerlo, le doy un jale más al *hiter* y voy por el aparato. Éste emite su luz tenue ahorradora de energía, al tomarlo la luz aumenta y el mensaje se ilumina con un destinatario poco usual.

María Holley:

—Hola Paul soy María, estoy en la glorieta de Insurgentes, puedes venir a tomarte unas chelas—.

María es una vieja amiga de la adolescencia, al parecer está en la ciudad después de varios años en el extranjero, eso sí es una sorpresa. Le contesto con toda



la tranquilidad del mundo que la veo en el McDonald's de Florencia en 15 minutos. Tomo mis cosas, cartera, llaves, monedas, celular, me pongo un par de gotas Visine Extra en los ojos y salgo a la calle a encontrarme con María.

Cruzo la avenida Chapultepec, camino hacia Florencia, y ahí está María, a lo lejos en la esquina con un tipo que no reconozco. Me apuro a encontrarla y pronto ya nos estamos abrazando y mostrando las respectivas sonrisas, me toma de la mano y me acerca a su acompañante. —Él es Jerry, un buen amigo—. Jerry me saluda un tanto serio y con cierta ansiedad, no le doy demasiada importancia ni me causa la más mínima curiosidad. María tiene esa sonrisa de cuando éramos adolescentes, unos ojos con delgadas cejas, una nariz pequeña y alargada y su cabello negro siempre enredado de un tamaño más abajo sus grandes labios.

Caminamos hacia la glorieta a una cantina con rockola, María y yo nos sentamos en una mesita para cuatro personas, mientras Jerry camina a la barra por cervezas y a poner algo de música en el aparato. Al sentarnos María comienza a contarme que estuvo documentando movimientos sociales por todos lados, que cubrió el Movimiento Occupy en Nueva York, las protestas de Egipto en medio de la Primavera Árabe, que en Chile la encerraron en la cárcel durante las protestas de los estudiantes, y que estuvo en China durante los días que desapareció Ai Wei Wei. María me explica que cree firmemente en la noticia sobre los movimientos ciudadanos y que ya es un género que la sociedad prioriza y busca en los medios.

Además de colaborar con un sitio web que documenta los cambios y protestas sociales en cualquier región donde se encuentre desarrollándose una revolución ciudadana.

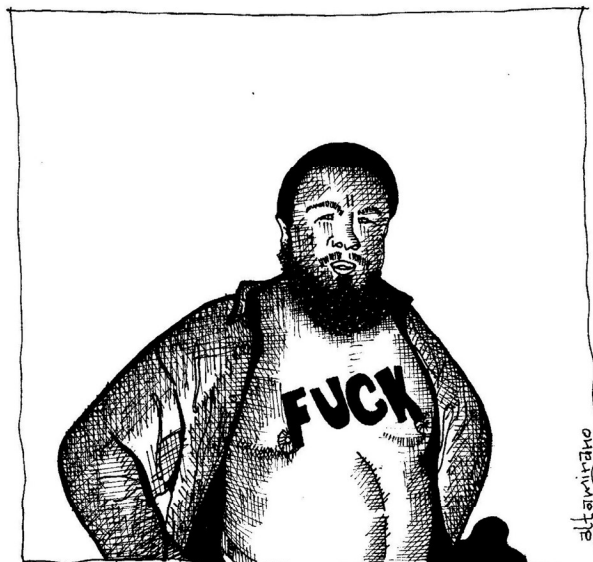
María se escuchaba sumergida en un modo de vida donde sus ideas tenían un ejercicio cotidiano, a mí sólo me recordaba que en algún momento de mi vida después de terminar la prepa decidí estudiar arquitectura por dejar de estudiar filosofía, antes de que Juan Villoro se volviera *mainstream* y la nueva generación lo viera como el *crack* a seguir en las canchas de las letras en México.

—A mí siempre me gustó la idea de que estudiaras Arquitectura— me decía María.

—No siempre quise serlo, pero sí, soy un arquitecto de señoras de las Lomas, Bosques de las Lomas, Interlomas, Santa Fe, Polanco y colonias aledañas. Un diseñador de interiores como tal, el vaivén de los empleos me llevó a especializarme en el manejo de marcas de mobiliario, cocinas, acabados, líneas de baño, lámparas de diseño y accesorios *trendy* en fin, todas las soluciones para un espacio con necesidades de alto diseño. Estas clientas no tienen mucho por qué protestar, la vida les va bien, sólo necesitan un poco de estilo que Minotti, Molteni, Flexform, Poltrona Frau, Ligne Roset, Catellan, Paola Lenti e Ivano Redaelli les pueden ofrecer por unos pocos miles de dólares menos en sus cuentas con calificación triple A—.

Jerry regresó con cervezas y el semblante cambiado, se sentó y me preguntó si me gustaba Daniela Romo. No me dejó contestar y continuó con el repertorio de cantantes del pasado que amaba escuchar. Lupita D'Alessio, Isabel Pantoja, Rocío Durcal, en mi mente se asienta el recuerdo del mueble con puertas corredizas de mi madre, con los discos de vinilo negro guardados en él. Jerry se levanta teatralmente y advierte que cantará "amor eterno", pero cree indispensable contar su historia antes de iniciar con la ronda de cervezas y canciones.

TAXI / A79-73

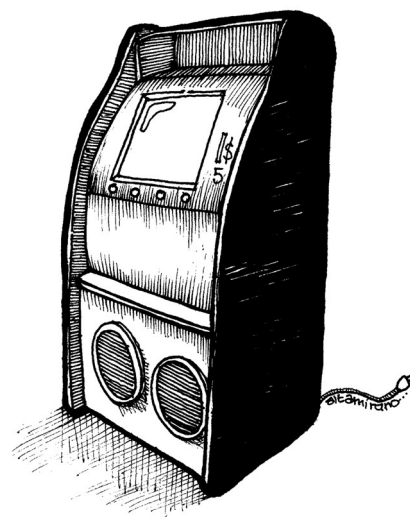


AI WEINE!

—Bueno, a mí, cantar a Rocío Durcal me pone muy triste porque me recuerda que tengo una hija de 15 años, hace unos meses tuvo su fiesta y le hice la coreografía, puse mi mejor esfuerzo, todo lo que sé de baile. En la fiesta estuvo el esposo de la madre de mi hija, todos nos sentamos en una misma mesa y la pasamos bien.

Jerry habría embarazado en su adolescencia a la sirvienta con la que tuvo una niña, mitad zapoteca, mitad judía. En el pequeño cuarto de servicio de un departamento en Monte Chimborazo, Jerry y la oaxaqueña daban rienda suelta a sus húmedas necesidades, sin prejuicios ni dogmas religiosos, sin saber que 15 años después estarían en Juchitán en la fiesta de su hija producto de ese amor precoz.

—Allá nos dicen muxes— dice Jerry mientras va a poner la canción para interpretarla, María me observa con ese perfil perfecto que rematan sus delgadas cejas. A ella la conocí a los 12 años, desde la secundaria, su padre me daba “raid” de la escuela a la colonia donde vivía, les quedaba de paso la papelería de mi madre donde compraban de todo, cigarros, fotocopias, cuadernos y hojas. Viajábamos en una gigantesca camioneta Guayin, donde cabíamos los tres sentados adelante con todo y mochilas, reconocía el ruido del auto aun sin verlo. Algunas veces me invitaban a comer y los veía preparar pasta mientras lavaban la ropa en una lavadora que tenían en la pequeña cocina. Eran personas muy interesantes y tenían libros por todos lados, incluyendo el baño. Me prestaron una versión de *Don Quijote de la Mancha* con grabados en blanco y negro. Fue mi primer libro que leí en serio. En la sobremesa platicaban de todo, de filosofía, arquitectura, historia, probé el café de verdad y conocí el placer de una tertulia entre humo y palabras, María tenía dos hermanos que dormían en un pequeño cuarto muy parecido a los tatamis japoneses, la casa había sido diseñada por el

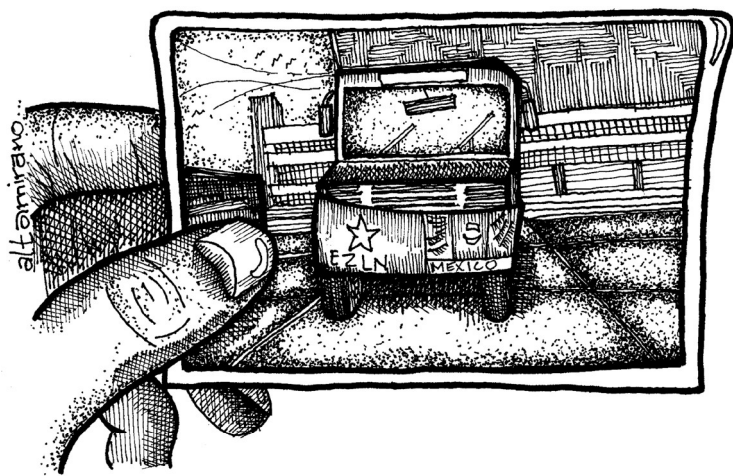


padre que después de haber cursado un año de arquitectura se habría salido para estudiar filosofía.

María me preguntaba si tenía planes a futuro, si algún día decidiría tener familia, hijos, esas cosas que se hacen cuando se enamoran las personas. Pensé que en mi vida, los planes dependían de cuantas quincenas podía cobrar y las comisiones por proyectos cerrados que podría obtener, menos el costo de manutención anual, así que en 10 años podría pensar en esas cosas. Lo reduje a un: “todo va excelente por el momento”.

Tomó palomitas del plato de botana y María se acerca a mí mientras me pregunta sobre la canción que me gustaba tanto durante la huelga del 99. “La dosis perfecta”, me preguntaba si la tendrían en la rockola.

Para el 2000 María se encontraba estudiando historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y yo en la Escuela Superior de Ingeniería y Arquitectura del Politécnico Nacional, de vez en cuando nos encontrábamos en los conciertos masivos que organizaba el Consejo General de Huelga para recabar fondos y para hacer sentir presencia con la enorme convocatoria que tenía. Eran tan sorprendidos nuestros encuentros que pensaba en ella como la Jenny de Forest Gump, a la cual me encontraba y me desprendía en momentos importantes de nuestra generación, estuvimos juntos en el primer concierto de 12 horas de las islas de CU donde toco la banda chilena de rock A.N.I.M.A.L. y Kenny de Los Eléctricos se sacó las tetas para callar al público. En el Centro Histórico durante el concierto de Manu Chao, ella andaba con unas italianas que traían demasiada hierba y yo traía unos amigos Root Boys con tirantes en blanco y negro de Coacalco que también traían demasiada hierba. Nos encontramos en el deportivo San Joaquín donde cobraron un kilo de grano para ver al Tex Tex y al Salario Mínimo, en el



concierto del estacionamiento de aspirantes de la UNAM, donde El Inspector llegó en camionetas negras, todo pintaba a que el movimiento musical se volvería un buen negocio. También nos encontramos en las fiestas de la ENAH, sus amigos traían en las mochilas todos los tomos de los libros de Carlos Castañeda, hablaban de “Mezcalito y Don Juan” toda la noche. La mayoría tomaba cerveza y mezcal barato robado de alguna tienda de conveniencia. Una noche nos encontramos en una fogata, en la espera del equinoccio de primavera en Teotihuacán, amanecimos abrazados por el frío mientras la sombra de la serpiente bajaba por la escalinata.

Jerry bailaba “Verano Peligroso” con un acompañante de una estrecha corbata negra. María tomaba un limón y lo apretaba a la boca de su cerveza, daba un trago y me recordaba un poco más sobre las fiestas en el sur de la ciudad, en casas del Pedregal, Coapa, Coyoacán o Tlalpan. En ellas se escuchaba una extraña mezcla de reggae, punk, ska y postrock mientras se comía pastel de mota.

La Maldita Vecindad apadrinaba a los grupos emergentes y el Panteón Rococó, estaba listo para ser escuchado en la radio después de cuatro años tocando en el *underground*. Fuimos a votar por primera vez y el sistema nos pateó el trasero con las botas vaqueras de Vicente Fox. Nunca más volvimos a aceptar la “democracia” como una verdad. Al salir de la universidad María se fue a Barcelona y sólo la había visto en una que otra Navidad y fin de año. Habíamos compartido teléfonos y direcciones en el facebook, nunca hablamos de encontrarnos.

Jerry se sentó en la mesa acompañado del chico de la corbata, al parecer trabajaba en una sucursal de HSBC de la calle Londres. Jerry le preguntaba si traía “topers” porque “le iba a dar para llevar.” María y yo reíamos a carcajadas.

La primera vez que fumé marihuana había sido en el porche de la casa de María, su hermano tenía porros y fumábamos por las noches. A veces se quedaba dormido y María y yo entrábamos en su cuarto a besarnos y a tocarnos, en una de esas ocasiones la penetré y sentí la cálida sensación de una vagina, una temperatura que nunca había conocido en mi vida. Nunca le dije que con ella había sido mi primera vez. Sabía por una confesión de María que su primera vez había sido con un pelirrojo que le decían el “zanahorio”, era dos años mayor que ella, se puso roja cuando se lo recordé.

Algunas tardes nos quedábamos en el porche mientras sus padres platicaban con un grupo de personas, María me decía que eran del Ejército Popular Revolucionario (EPR), que estaban en una reunión. Pasaron muchos años para que entendiera que grupos subversivos se reunían en el mismo comedor donde me invitaban a estar con ellos. Sus padres eran académicos y estudiaban las comunidades cafetaleras de la Montaña del estado de Guerrero. Simpatizaban con los grupos guerrilleros de las regiones donde hacían sus estudios.

María reía mientras me contaba haber visto la película *Moonrise Kingdom* de West Anderson, me había recordado por el *boy scout* con gorro de cola de mapache que sale en la película, un “ñoño scout” como les decía. Ella aún conservaba la flor de lis que le regalé después de que me dieron mi promesa en Meztitla, Morelos. Esos años fueron verdaderamente buenos, luego llegó la crisis de 1994 y todo se fue a la mierda. La trajeron a la Ciudad de México a estudiar en el CCH Sur y tres años estuvimos sin saber nada uno del otro. Hasta que llegué en 1998 a estudiar arquitectura y nos comenzamos a encontrar por todo el universo *underground* de la ciudad.

Jerry trata de convencer a su recién conocido de que venga con nosotros, él responde que sería un error muy de "Godínez" faltar al trabajo después de un jueves traicionero. Pagamos la cuenta y salimos sin compas hacia la avenida Chapultepec.

Llegamos al departamento y voy a meter las cervezas al refrigerador, María y Jerry pasan al estudio y lo observan todo. En el refrigerador sólo hay jamón y queso, así que decido hacerles unas minibaguetes.

Jerry está desesperado porque le busque música *vintage* en el internet, abro el *Groovespark* y armo un *playlist* totalmente *Technicolor* que incluye a Franco De Vita, Los Pulpos, Daniel Megal, Roberto Carlos, Rocio Banquels, Mayte Gaos, Richie & Poverly. Jerry canta "Será porque te amo" cinco veces. Siempre me han impresionado las personas que son capaces de desinhibirse frente a un micrófono, a algunas personas les cuesta más de una botella de licor. Jerry se vuelve mujer al cantar, es como el *soundtrack* que le hace entrar en un escenario mental donde el público sólo espera para que interprete su personaje. Sigue cantando y bailando alargadamente por la duela de madera que rechina por los pasos exagerados. María canta con los ojos cerrados y yo trato de comer clavado en la escena.

Tomamos una y otra cerveza, quemamos el porro una y otra vez, hasta caer dormidos en un gran tapete rectangular que cubre parte de la duela. En algún momento de la noche siento movimientos y me despierto ligeramente. Unos pequeños jadeos hacen que me dé la vuelta. María está frente a mí con los ojos cerrados y la boca llena de sexo, detrás de ella Jerry, que la penetra muy despacio. En un instante tengo la imagen completa de los tres y no sé cómo reaccionar. El movimiento y la cara excitada de María me provocan una erección. Había olvidado la bisexualidad de Jerry y la descripción de la Wikipedia sobre las variantes homosexuales se me revuelven en un tornado ingenuo sin mucho sentido. María abre los ojos y nota que la observo. Me ve los ojos blancos durante unos instantes y me acerca su boca con los labios abiertos. Me besa mientras hace sus sonidos en mi boca. Una erección responde al instante y no me deja tiempo de valorar

moralmente nada de lo que sucede. Me sigue besando; así penetrada y excitada. Jerry sigue en lo suyo, no percibe que he despertado y; que tengo la otra cara de su deseo frente a mí, compartiéndolo. Me acerco a María y siento mi erección, mete su mano y siente lo duro y mojado que estoy; me lo acaricia suavemente mientras me mete la lengua a la boca. No tengo como mover los brazos y sólo sigo el vaivén del coito. Ella sigue masturbándose y los movimientos se van acelerando. Cada uno se concentra en su propia porción de placer que le toca en la obscuridad. Los tres al mismo ritmo sexual parecemos una especie de "máquina de follar", que por cierto funciona muy bien. Jerry es el primero en estallar, después María y ella me lo provoca con su mano acelerada. Los respiros agitados de ambos ocultan los míos y pronto los tres estamos en medio de un coctel de serotonina; cortesía de ese trío improvisado.

Por la mañana me levanto, tomo mis cosas y me meto al baño, dejando a María y a Jerry dormidos, abrazados en el suelo. Siento un ligero dolor de cabeza y no hay mejor lugar en el mundo que la regadera y su agua caliente. Entró a la recámara por la puerta que da al baño y me siento un momento en la cama, pienso en la noche y en el inicio del día, tengo 12 horas por delante, veo el buro con el celular, la cartera, las llaves y el cheque de la quincena. Salgo al estudio y los dos están despiertos revisando los libros del librero como si no hubiera pasado nada. Jerry entra al baño, María y yo platicamos trivialmente mientras se acerca y me da un beso en la boca suavemente, recargado en el escritorio tengo una erección recuerdo inmediato de la noche.

Escucho cerrar la puerta de la recámara, Jerry regresa al estudio y toma su chamarra, María toma su bolsa y bajamos a despedirnos. Acordamos vernos pronto, de salir más seguido, todo lo que se dicen personas que se ven cada cinco años, María me abraza por un buen rato, Jerry me da la mano y sonríe con complicidad. Los observo un momento mientras cruzan la avenida y subo rápidamente al departamento tratando de apurarme para no llegar tarde.

Voy al buro, tomo el celular, las llaves, la cartera y me doy cuenta de que falta algo. Recuerdo que el Jerry había entrado al baño, el cheque no está, veo detrás del buro, hojeo los libros de cerca, abro los cajones, sólo que hubiera desaparecido.

Llamo a María no contesta, seguro ya habrían entrado al túnel, llamo varias veces, no entra la llamada. Me comienzan a dar nauseas, sin ese dinero estaba perdido, o al menos a un paso de estar perdido, realmente lo necesito. —¡Maldito Jerry, puto-gay-maldito maricón de mierda!—

Media hora después, ya tarde para llegar a mi trabajo, marco a María, le explico tajantemente la situación, me dice que había dejado a Jerry en cuanto entró al Metro, que no me preocupe que ella lo encontrará y a mi cheque también.

De un momento a otro se me viene un vértigo generalizado, tengo que recuperar ese cheque o no salgo del mes. Es eso o tener que vivir en un cuarto de azotea en Coyoacán, que no estaría tan malo, si tan sólo fuera posible vivir en un espacio de una pieza cuando tienes una cama matrimonial, un comedor con cuatro sillas, un sillón, un escritorio, una estufa, un refrigerador y una lavadora de 20 kilos de ropa.

10:30 AM el celular hace la luz de los mensajes.

—Güey, todo mundo te está buscando, necesitamos la presentación, hay junta a las 10 ¿dónde estas?, no contestas el celular—.

Decido no contestar. —Que se las arreglen como puedan, seguro me corren mañana y listo, todos contentos, no hay salida más civilizada que echar a alguien después de cobrar la quincena—.

Di vueltas al estudio y las náuseas aumentaron, prendí un cigarro y todo empeoró, me senté a buscar en el “segunda mano” cuartos de azotea. Me preguntaba para qué tipo de lugar me alcanzaba con el dinero que tenía ahorrado, que era muy poco y apenas alcanzaba para dos meses en un cuarto de 2 500 pesos. Me recargué en la silla ejecutiva comprada en el Office Max y estuve tirado para atrás totalmente mareado. Pasó la hora de la comida y la resaca mental me estorbaba en

la cabeza, dos horas después, María marcó para decirme que habían detenido a Jerry mientras comía en el “Decráb” de Prado Norte. Lo tenían remitido en la delegación de Montes Himalayas, que necesitaba ir para declarar que habían estado en mi casa, lugar donde fue el robo del cheque. Me levanto de la silla apuradamente y veo un condón saliendo debajo del tapete, nunca pensé en levantarlo en ese momento.

Llegué a Las Lomas antes de la hora pico. María estaba en el mismo cuarto que el Jerry, los familiares estaban amontonados en una sala de espera en unos asientos de plástico. Un policía se me acercó y me preguntó si el robo había sido en mi casa, le contesté que necesitaba ver a las personas involucradas y después hablar de cualquier cosa. María salió para decirme que había encontrado a Jerry y le negó el tema, que había parado una patrulla para que le diera apoyo y lo detuvieron, que ya había estado haciendo un trato donde la familia se comprometía a darme el monto del cheque y una compensación para que no lo denunciara. Pensé que no me caería mal el dinero extra por todo el desmadrito y el susto. La mamá se acercó a mí y me dio un cheque de MIFEL de manera natural, sin decir mucho, como acostumbrada a solucionar las cosas de ese modo, leí la cifra, era cinco veces más de lo robado, lo tomé y no pude evitar dar las gracias. Insistieron en llevarnos a comer, fuimos al “Café Vida” de Prado Norte y comimos silenciosamente. Al salir Jerry me pidió disculpas y me dijo que algo que dice “al portador” es demasiado tentador cuando andas “erizo” y sin “cois”.

Me despedí de María y salí a Reforma a tomar el camión a Chapultepec. No recibí mensajes en todo el día y dormí toda la tarde. Al otro día llegué temprano a mi trabajo y a las 10 AM, me llamaron a la sala de juntas. El coordinador de proyectos y el director de operaciones estaban para hablar conmigo, les explique del robo de mi cheque y de cómo terminé en una delegación para arreglarlo. Me decían que todo había salido bien con el proyecto, que lo habían encontrado en el servidor y que lo habían podido presentar con éxito, que el sistema para navegar de la presentación era muy intuitivo y que había

sido muy útil para ganar la cuenta con la gente de Liverpool, que necesitaban urgentemente que me pusiera a desarrollar una versión para imprimirla y otra versión para visualizar en tabletas y dispositivos móviles, que se pondrían al corriente con mis comisiones y que les interesaba mucho mi modo de trabajar. Salí en *shock* de la sala de juntas y grite un ¡Yahoo! dentro de mí.

Al final de esa quincena perdida, todo tendió a mejorar, al siguiente mes me comenzaron a dar los bonos que me habían prometido cuando me contrataron. Me dieron los seis meses en un solo cheque y con él un “vuelve a la vida”. Instalé televisión por cable, internet de banda ancha, compré una pantalla plana y cosas pendejas y faltantes en el departamento de cualquier adulto acostumbrado a pagar su vida a 12 meses sin intereses.

Un año después volví a recibir un mensaje de María:

—Hola Paul, mañana llego al DF, necesito dejar mis cosas contigo, ¿puedo pasar temprano, vives en el mismo lugar?—

Sabía por su facebook que había estado en Brasil cubriendo las protestas que se dieron alrededor de la Copa FIFA Confederaciones, para después unirse a la “Caravana Rainbow” en Chiapas. María aparecía en un álbum con un extranjero, al parecer era su nueva pareja. No dude en contestarle, María siempre es bienvenida de cualquier modo, circunstancia o tiempo, ya estaba muy acostumbrado a sus sorpresas, creo que sin sus constantes medidas de pata no sería tan interesante verla. Le contesté que la podía ver antes de irme al trabajo, que la esperaba para desayunar.

María llegó al día siguiente en un Volkswagen del 84, con un suizo rubio y un perro mestizo que viajaba con ellos. Sin duda María me había dado sorpresas, pero ésta sería la definitiva, venía embarazada, con una panza visible y muy despreocupada. Los saludé desenfadadamente sin hacer muchas preguntas.

Subimos los cuatro al departamento, el perro era notoriamente inteligente, los seguía como un miembro más, sincronizado en el lugar que le tocaba estar. Los hice pasar al estudio y fui a la cocina a prepararles algo de desayunar.

—Vamos a Malinalco a que nazca mi hijo, queremos que lo reciba una comadrona, pero primero tenemos que vender este vocho que nos ha dejado tirados por todos lados. Iremos al tianguis de autos, pero queremos dejar las cosas, la jaula en que viaja el perro, las mochilas, libros, utensilios y mantas que llevamos en el asiento trasero. Regresamos por la noche, después de vender y conseguir el auto—.

El suizo, comía felizmente el melón y las quesadillas de tortilla de maíz que les había preparado, mientras decía: —mejor que desayuno de hotel.

Por la noche regresaron con una Tracker blanca de buenas llantas, una 4 x 4 que sería mejor para viajar. Subieron por sus cosas mientras se estacionaban en doble fila, después del carril de bicis. María me dio un abrazo y sentí su barriga crecida, el suizo me dio la mano y el perro me ladró, los tres subieron al auto mientras los ciclistas pasaban por la calle. Me tocaron la bocina y desaparecieron por debajo del puente de la glorieta de Insurgentes.

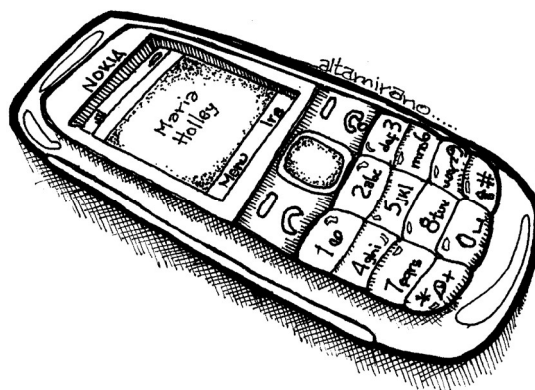
Al subir las escaleras recibí un par de mensajes de texto de María:

—Gracias por todo, sin duda me das todo sin pedir nada a cambio—.

—Y sabes, sé que la primera vez que lo haces nunca se olvida, siempre recordaré que tu primera vez fue conmigo.

María dio a luz el siguiente año y llamo a su hijo Canek como el personaje maya, se empleó como maestra en Tepoztlán y crió a su hijo de manera tradicional.

A mí lo único que me pasó es que aprendí a tratar a las clientas, a desenredarles el inconsciente para saber que pieza de mobiliario corresponde a cada una de sus expectativas después de un buen *brunch*, a ganar comisiones y a comenzar a pensar en echar raíces en una ciudad sin tierra, asfaltada, de aspiraciones subidas en bicicletas en medio de un sistema de transporte saturado, donde los apretujones pueden ser el único acercamiento que podrás tener en el día con una chica, mientras piensas seriamente en la cantidad de puntos que te faltan para pedirle un crédito al INFONAVIT ☹



* Datos del autor:

Ingeniero-arquitecto egresado de la ESIA Tecamachalco.

altamiranojosue@ipn.mx